

bilidad de una dominación extranjera en el territorio alemán. ¿No era, en efecto, hasta cierto punto natural que en la mente de aquel monarca que en su no interrumpida marcha triunfal atravesaba las feraces vegas del distrito del Mein, la rica «senda de clérigos» surgieran pensamientos de mayor vuelo que sus primitivos planes de rechazar simplemente la soberanía imperial en el Báltico? Sus tropas, después de las privaciones sufridas durante la guerra livonia-polaca y en las pobres y esquilmas comarcas del Oeste de Alemania, gozaban en el bienestar de aquellos fértiles territorios, embriagábanse con los vinos generosos y comenzaban a sentirse allí mejor que en su propia patria. Los temores que abrigaban algunos aliados del rey subieron de punto cuando este se hizo rendir homenaje como soberano por los Estados del círculo franco, en el cual estableció una nueva administración civil y militar, pues si bien declaró expresamente que solo ocuparía y administraría aquel país abandonado por sus príncipes «hasta que Dios, el Sabio de los sabios, dispusiera según su voluntad las cosas de otro modo por medio de una paz ventajosa», lo cierto era que aquella ocupación hasta que se firmara una paz que aparecía lejana era muy a propósito para despertar grandes recelos entre los príncipes alemanes.

La marcha triunfal de Gustavo Adolfo continuaba cada día con nuevos éxitos. Tilly entretanto había reunido los restos de su ejército derrotado y, describiendo un arco muy extenso, lo había conducido hasta el Mein por Halberstadt, Hildesheim y al través del Hesse después de haberlo engrosado con los refuerzos del duque de Lorena, aliado del emperador. Junto a aquel río quiso atajar el paso a Gustavo Adolfo; pero este atacó de noche y por sorpresa sus cuarteles y le obligó a abandonar la línea del Mein y a retirarse hacia el Sur. El rey de Suecia prosiguió su camino río abajo y en noviembre se apoderó rápidamente de Hanau, Gelnhausen, Friedberg y Höchst. Francfort se le entregó espontáneamente y en diciembre cayó también en su poder la «dorada Maguncia». Allí, en el corazón de Alemania y no en Erfurt como en un principio había proyectado, estableció sus cuarteles de invierno; allí tuvo su corte como vencedor, corte tan numerosa y con tanta pompa montada como no la tuvo ningún emperador alemán de los antiguos tiempos. De todas partes enviábanle embajadas los príncipes alemanes y las potencias europeas, y en todas direcciones entablábanse negociaciones diplomáticas. Acompañado de brillante séquito entró en Maguncia el desdichado rey de Bohemia, el desterrado conde palatino Federico, que hasta entonces había esperado ser repuesto por gracia del emperador y que, protegido con gran interés, aunque como siempre solo diplomáticamente, por el rey de Inglaterra, se dirigía ahora al poderoso protector de la Alemania protestante para recuperar, bajo su amparo, sus antiguos territorios patrimoniales. Gustavo Adolfo, sin embargo, no le prometió nada en concreto y únicamente le aseguró en términos generales que cuando negociara la paz se cuidaría «de la prosperidad y bienestar» del conde palatino, a quien admitió en su corte, pero en cuya reposición en sus territorios no pensó ni siquiera después de haber tomado a los españoles y a los liguistas el Bajo Palatinado. Esto no obstante, es indudable que tenía intención formal de devolver a Federico V sus territorios hereditarios y el electorado, y en las negociaciones de paz que por mediación de Richelieu se siguieron con la Liga en Maguncia, durante el invierno de 1631 a 1632, puso esa devolución entre las condiciones para conseguir una paz real y duradera. En cuanto al hecho de que antes de firmarse esta no quisiera restituir al landgrave sus territorios reconquistados por los suecos, no debe ser censurado, pues Gustavo

Adolfo los necesitaba como prenda que le asegurara en las negociaciones la indemnización a que tenía fundados derechos.

Estas negociaciones para lograr la paz o por lo menos la neutralidad de la Liga en la continuación de la lucha entre Gustavo Adolfo y el emperador son interesantes bajo más de un concepto: en primer lugar constituyen una prueba evidente de las contradicciones que entrañaba la situación política de la Liga y que ya habíanse manifestado tan claramente en la asamblea de electores celebrada en Ratisbona; y en segundo revelan con mayor claridad los planes y propósitos políticos de Gustavo Adolfo. Estos dos aspectos de aquellas negociaciones tan complicadas y que tan extrañamente confusas se nos presentan en su desenvolvimiento merecen que les dediquemos alguna atención a fin de que el lector pueda formarse idea exacta de la situación política en aquella época memorable.

Aquel tratado de Barwalde en el cual Richelieu consintió al fin en satisfacer determinados subsidios a Gustavo Adolfo contenía entre otras la condición, extraña a primera vista, de que el rey de Suecia había de firmar la paz con la Liga si esta a su vez se declaraba a ello dispuesta. Esta exigencia, que tenía una explicación clara y lógica mirada desde el punto de vista en que se colocaba el cardenal, quien desde la asamblea de electores de Ratisbona estaba en íntimas relaciones con la Liga y la ayudaba en la oposición que esta hacía entonces al emperador, resultaba desde su origen incumplimentable por parte de Gustavo Adolfo. La unión de Richelieu con la Liga databa del tiempo en que entre esta y el emperador existía gran tirantez de relaciones por causa del general Wallenstein; el cardenal se había aliado con ella porque tenía entonces motivos sobrados para considerarla como una potencia enemiga del Austria. Pero desde la destitución de Wallenstein las cosas habían variado y los fines que el emperador perseguía en el terreno político-ecclesiástico y que habían sido la causa principal de la nueva guerra eran los mismos que la Liga deseaba: el emperador y la Liga volvían a estar íntimamente unidos, por muy pesada que fuera para Fernando la dependencia en que respecto de Maximiliano nuevamente se encontraba. La Liga habíase manifestado dispuesta a tomar parte en la guerra contra Suecia y desde un principio había cumplido su palabra; el emperador había nombrado al general liguista Tilly general en jefe del ejército imperial, y las tropas derrotadas por Gustavo Adolfo en Breitenfeld eran mezcla de imperiales y liguistas. Era, pues, en extremo característica la exigencia formulada por Richelieu (a quien comenzaban a inquietar los éxitos de Gustavo Adolfo) de que este, en virtud de aquel tratado de Barwalde, reconociera la neutralidad de la Liga y no siguiera invadiendo los territorios de la misma. Richelieu tenía razones sobradas para exigir tal cosa, pues en mayo de 1631, es decir, mucho después de haberse firmado el tratado con Gustavo Adolfo, había concertado una alianza defensiva por ocho años con la Liga, alianza que ahora esta invocaba; pero Maximiliano no pedía a Richelieu que obtuviera para la Liga la neutralidad, porque le repugnaba separarse de la causa del emperador y por consiguiente abandonar a este a sus enemigos, sino que solicitaba la apertura de las negociaciones para una paz general que el cardenal no quería, pues deseaba que continuara la lucha contra el emperador y únicamente pretendía alejar de ella a la Liga. De suerte que Richelieu, al pedir la neutralidad para la Liga, en realidad no estaba de acuerdo con ninguno de sus dos aliados entre quienes trataba de ser mediador. Por fin Maximiliano, apremiado por las circunstancias, consintió en aceptar aquella solución, por más que el emperador exigía que se rechazara

la neutralidad y prosiguiera la guerra, y al exigir esto asistía razón de sobra, pues las pretensiones de la Liga habían sido una de las principales causas que le habían movido a continuar la lucha y por lo tanto era natural que le indignara ver a aquella dispuesta a aceptar la neutralidad, es decir, a dejar que todo el peso de la guerra gravitara sobre él solo. Pero a la Liga no le quedaba más recurso que aquel. Por otro lado, Gustavo Adolfo no estaba, como se comprende, dispuesto a conceder aquella neutralidad sin que se le diera una garantía suficiente: quería, por lo menos, para tener la

seguridad de que los liguistas mantendrían lealmente la neutralidad, conservar la posesión de los territorios que a varios príncipes de la Liga había conquistado. Maximiliano fue, sin embargo, bastante cándido para pedir la inmediata restitución de todos esos territorios, siendo muy natural que Gustavo Adolfo no quisiera aceptar esta condición y que por el contrario pidiera, además de la ocupación por de pronto permanente de los países ya conquistados, otras garantías exigiendo especialmente que la Liga separara sus fuerzas de las del emperador, que licenciara sus propias tropas y que



Dr Gustaff Adolph von Gottes Gnaden/der Schweden/Gothen und Wenden König/Großfürst in Finland/Hertzog zu Esthen und Carlen/Herr über Ingarnland/xc. Gebieten hien und in Kraft bis/Allen und Jedem Unsern/wie auch Unserer Conſiderierten, Hohen und Niedern Kriegs Officern, als Generaln, Obristen/Obrist Leutenanten/Obrist Wacht: und Quartiermeistern/Rittmeistern/Capitainen/Leutenanten/Leutnants/Quartiermeistern/Furieren/auch gemeinen Soldaten und angehörigen/zu Ross und Fuß/dass Sie die Ehrwürde/Fürsichtige und Weise/Bürgermeister und Rath des Heiligen Römischen Reichs Stadt Nürnberg/Unsre besonders Liebe/dero Stadt und Landschaft/Städte/Lein/Märkte/Glecken/Dörffer/Schlöffer und Häuser/so Ihnen oder den Ihrigen zu gehören/wie auch alle und jede dero Bürger/Untertanen und Verwandten/in der Stadt und auf dem Land/von allen eigenthätlichen Einquartirungen/Musterplätzen/Durchzügen/Brandspaltungen/Geldspaltungen/Kaub/Plünderung/Abnahm/und allen andern Kriegs Pressurn/wie die Namen haben mögen/nicht ausgenommen/nicht allein gänglich beschreyen/sondern auch auf allen Fall bedürffens/wider alle Feindliche Vergewaltigung/defendiren und schützen/die Commercia/Handlungen und Gewerck/von und zu der Stadt/aller und jeder Orten ungeschindert und unaußgehalten fortgehen/die Bürger/Inwohner/Untertanen und Verwandten/auff der Straffen von und zu der Stadt/jederzeit und an was Orten es seyn mag/frey/sicher und ohne Gefahr passiren und repassiren/und Sie also dieser Unserer Salva Guardia, welche Wir Ihnen auff Ihr unterthänigstes anlangen/auff gewissen beweglichen Ursachen/gnädigst ertheilt/würdlich genießen lassen sollen/der crantlicher Straff Leibs und Lebens/so der oder diejenige/welche hier wider handeln würden/unaussprechlich sollen zu erwarten haben. Zu Urkund und Bestätigung/haben Wir diese Salva Guardiam, deren Vidimus nicht weniger/als das Original selbst gelten und in Acht genommen werden soll/mit eigener Hand unterschrieben/und Unserm Königlichem Inſiegel beglaubigen lassen. Befehlhen in Unserm Haupt-Quartier zu Würzburg/den 20. Octobris des 1631. Jahrs.

Gustavus Adolphus.



Facsimile reducido de un salvoconducto (*Salva guardia*) extendido por Gustavo Adolfo de Suecia para Nuremberga. Dado en Würzburg en 20 de octubre de 1631

pusiera a disposición del rey de Francia para combatir a España. No hemos de analizar en todos sus detalles las muchas alternativas de aquellas negociaciones que durante algún tiempo adquirieron un carácter tan apasionado que parecía inminente un rompimiento entre Francia y Suecia; pero también entonces, como un año antes en Barwalde, venció en definitiva la diplomacia de Gustavo Adolfo, y los embajadores franceses hubieron de aceptar al fin las condiciones especiales, en parte durísimas, que para otorgar la neutralidad impuso el monarca sueco, y luego defenderlas enfrente de la Liga. Para las negociaciones que a este efecto se entablaron con Baviera concertóse un armisticio por catorce días; pero habiendo Maximiliano declarado que no podía admitir aquellas condiciones y habiendo además caído en manos de Gustavo Adolfo una carta del mismo en la que, antes de terminar el armisticio, ordenaba a Pappenheim que efectuara una diversion en el territorio de la Baja Sajonia, el rey de Suecia rompió las negociaciones sobre la neutralidad y reanudó las hostilidades que a poco produjeron la dispersión completa de la Liga.

Al par de estas negociaciones especiales entre Gustavo

Adolfo y la Liga hicieronse varias tentativas para conseguir una paz general que comprendiera también al emperador: esas tentativas partieron principalmente del landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt, pero no dieron ningún resultado, porque en el entretanto, como veremos, habían tomado un sesgo favorable los intentos de aproximación entre Wallenstein y el emperador.

Lo más notable de estas negociaciones, tan complicadas que a veces apenas se descubre conexión entre ellas, es que en el curso de las mismas se manifestaron con bastante claridad las exigencias que Gustavo Adolfo esperaba y pretendía ver realizadas por medio de la paz, siendo muy de notar el lugar preferente que entre tales pretensiones concedía el monarca sueco al afianzamiento de la libertad religiosa de sus correligionarios. Gustavo Adolfo cuidaba también muy mucho de asegurar para sí una indemnización suficiente y de ponerse a cubierto de cualquier intento agresivo del emperador, y nadie podrá censurarle porque creyera que estas seguridades solo podía conseguir las por la adquisición de la parte de costa pommerania que hacia tiempo ocupaba y porque declarara que no podía darse por satisfecho con que se